

## 14 – Redención

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez



**Romanos 8: 22-23 = Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. El cuerpo es quien recibe redención. Versión Nueva Traducción Viviente: Pues sabemos que, hasta el día de hoy, toda la creación gime de angustia como si tuviera dolores de parto; y los creyentes también gemimos —aunque tenemos al Espíritu Santo en nosotros como una muestra anticipada de la gloria futura— porque anhelamos que nuestro cuerpo sea liberado del pecado y el sufrimiento. Nosotros también deseamos con una esperanza ferviente que llegue el día en que Dios nos dé todos nuestros derechos como sus hijos adoptivos, incluido el nuevo cuerpo que nos prometió.** Redención, igual a liberación del pecado. La palabra “**redención**” suele sonar grande, lejana, incluso un poco gastada por el uso. Pero cuando uno la baja del pedestal y la pone a caminar por la vereda de todos los días, descubre que no es un concepto abstracto sino una experiencia profundamente humana. Redención no es solamente “ser salvado” en un sentido espiritual elevado; es también ser rescatado de lo que nos rompe por dentro, de lo que nos endurece, de lo que nos hace vivir en piloto automático. Es volver a respirar con sentido. Desde una mirada bíblica, la redención **no empieza en el mérito humano sino en la iniciativa de Dios**. No es un premio, es un regalo. Y eso ya marca una diferencia enorme con muchas lógicas sociales actuales, donde todo se mide por rendimiento, apariencia o éxito. El evangelio del Reino de Dios propone otra cosa: una lógica de gracia. No niega la responsabilidad personal, pero tampoco la convierte en una carga insoportable. Más bien la ordena: primero eres amado, **después eres transformado**. Ahora bien, hablar de redención sin tocar la realidad concreta sería quedarse a mitad de camino. Porque el mensaje bíblico, cuando se toma en serio, no se queda flotando en lo espiritual: se encarna. Se mete en las relaciones, en el trabajo, en la familia, en los conflictos, en la forma en que uno piensa, habla y actúa. La redención no es una burbuja, es una fuerza que atraviesa la vida.

Y acá aparece una tensión interesante: vivimos en una sociedad que promueve constantemente la autoafirmación, el “sé quien quieras ser”, el “no le debes nada a nadie”. Suena liberador, pero muchas veces termina generando más soledad que libertad. La redención bíblica no va por ese lado. No te dice “invéntate desde cero”, sino **vuelve a tu diseño original**. Y eso implica reconocer que hay algo en nosotros que necesita ser restaurado. Esto no es pesimismo antropológico, es realismo. Todos, en mayor o menor medida, cargamos con contradicciones internas: queremos hacer el bien y terminamos haciendo lo contrario; buscamos paz y generamos conflicto; deseamos amar y nos encerramos en el ego. La redención entra justamente ahí, no para humillar al ser humano, sino para levantarlo desde su verdad. Una de las imágenes más potentes de la redención en la Biblia es la del rescate. Alguien que no puede salir solo de una situación, y otro que interviene. Pero no es un rescate frío o distante: es personal, cercano, comprometido. En el evangelio, Dios no envía simplemente instrucciones; se involucra. Y eso redefine completamente la idea de lo divino: no es un espectador, **es protagonista**. Llevado a lo cotidiano, esto tiene implicancias muy concretas. Por ejemplo, en la forma en que uno enfrenta los errores. En una cultura que castiga el fracaso o lo disfraza, la redención propone otra salida: reconocer, aprender y seguir adelante con una identidad que no queda anulada por la caída. No es “no importa lo que hagas”, sino **“lo que hiciste no define lo que puedes llegar a ser”**. También impacta en las relaciones. Una persona que ha entendido, aunque sea un poco, lo que significa ser redimida, tiende a mirar a los demás con más paciencia. No con ingenuidad, sino con misericordia. Sabe que todos están en proceso. Y eso cambia el tono de las conversaciones, la manera de discutir, incluso la forma de poner límites. Ahora, seamos sinceros: esto no siempre es fácil. De hecho, muchas veces es bastante incómodo. Porque la redención no solo consuela, también confronta. Nos muestra lo que hay que soltar, lo que hay que ordenar, lo que hay que sanar. Y ahí es donde muchos prefieren quedarse con una versión más liviana del mensaje. Pero **una redención “light” no transforma, apenas entretiene**. El evangelio del Reino de Dios, en cambio, es profundamente transformador porque apunta al corazón. No se conforma con cambios externos. Y eso tiene una consecuencia social interesante: cuando las personas cambian desde adentro, las estructuras también empiezan a moverse. No de manera mágica ni instantánea, pero sí real. Pensemos en algo simple: una persona que deja de vivir desde la mentira y empieza a vivir desde la verdad. Eso impacta en su familia, en su trabajo, en sus vínculos. O alguien que aprende a perdonar en lugar de acumular resentimiento. Parece algo pequeño, pero multiplica paz a su alrededor. La redención tiene ese efecto “dominó” que muchas veces pasa desapercibido. Y no hace falta ponerse solemne para hablar de esto. De hecho, un poco de humor ayuda a aterrizarlo. Porque si uno mira su propia vida con honestidad, hay situaciones donde la redención se siente casi como un “rescate de emergencia”. Momentos donde uno dice: “menos mal que Dios tuvo paciencia conmigo, porque yo ya me habría descartado”. Esa mezcla de gratitud y asombro también es parte del camino. Ahora bien, ¿Cómo se vive esto en la práctica? Porque si se queda en teoría, pierde fuerza. Hay algunos recursos sencillos pero profundos: **Primero**, el hábito de la reflexión. No necesariamente algo complicado, sino tomarse unos minutos al día para revisar lo vivido: qué pensé, qué sentí, qué hice. No para castigarse, sino para tomar conciencia. La redención necesita espacios de lucidez. **Segundo**, la lectura bíblica como diálogo, no como obligación. Leer buscando entender, pero también dejarse interpelar. Preguntarse: ¿Qué dice esto sobre Dios? ¿Qué dice sobre mí? ¿Qué puedo aplicar hoy, aunque sea en algo pequeño? **Tercero**, la práctica del perdón. Y acá conviene aclarar algo: perdonar no es justificar ni olvidar automáticamente. Es decidir no quedar atado al daño. Es un proceso, a veces largo, pero profundamente liberador. **Cuarto**, la coherencia progresiva. No se trata de ser perfectos de un día para el otro, sino de ir alineando la vida con lo que uno cree. Pequeños pasos, sostenidos en el tiempo. La redención no es solo un evento, es un camino. **Quinto**, la comunidad. Nadie se redime en soledad absoluta. Necesitamos otros que acompañen, que desafíen, que sostengan. No para depender, sino para crecer. Desde un punto de vista social, la redención también cuestiona ciertas narrativas dominantes. Por ejemplo, la idea de que las personas son descartables o irreversibles. El mensaje bíblico dice lo contrario: siempre hay posibilidad de cambio. Esto no elimina la justicia, pero la equilibra con esperanza. También desafía el cinismo. Esa actitud de “nada va a cambiar” o “todos son iguales”. La redención afirma que el cambio es posible, pero no ingenuamente: reconoce el mal, pero no lo absolutiza.

Y en lo ideológico, invita a una postura interesante: no absolutizar ninguna construcción humana. Ni sistemas, ni líderes, ni corrientes. Porque la redención no viene de ahí. Eso permite una mirada más libre, más crítica y, al mismo tiempo, más comprometida con el bien común. Volviendo a lo personal, hay algo clave: **la identidad**. La redención no solo cambia conductas, redefine quién eres. Y eso tiene un efecto directo en la autoestima, pero no en el sentido superficial, sino en el más profundo: saberse valioso no por lo que uno logra, sino por lo que uno es en relación con Dios. Esto no genera orgullo, genera humildad sana. Porque todo es recibido. Y al mismo tiempo, genera dignidad. Porque no es una identidad frágil, depende de algo más sólido que la aprobación externa. En definitiva, la redención es una palabra grande porque toca todo: lo espiritual, lo emocional, lo relacional, lo social. Pero no es inaccesible. Empieza en lo cotidiano, en decisiones pequeñas, en aperturas sinceras. Quizás no siempre se sienta espectacular. A veces es silenciosa, casi imperceptible. Pero con el tiempo, se nota. En la forma en que uno reacciona, en la paz que va ganando terreno, en la manera de mirar la vida. Y si hay que resumirlo en una imagen simple, podría ser esta: la redención es como volver a casa después de haber estado mucho tiempo perdido. No porque uno haya encontrado el camino solo, sino porque alguien salió a buscarlo. Eso no solo cambia el destino. Cambia el presente. Y le da sentido a todo lo demás.

*Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments*

---